

El emperador está desnudo

Adolfo Aguilar Zinser

Reforma

Lo que ha hecho Tatiana es simplemente decir la verdad; gritarles a sus compañeros y a la ciudadanía que el emperador está desnudo, que el PAN y su gobierno del cambio son una mentira

Interrumpo la fábula del duquecillo verde que prometí a mis lectores -el relato de lo que serían sus años tristes- para ocuparme esta semana de un asunto que no puedo dejar pasar: la renuncia de la diputada federal Tatiana Clouthier al PAN. Es precisamente el abismo que existe entre la conducta, los valores que practica y las causas que defiende Tatiana Clouthier y la actitud desvergonzada del niño verde, lo que dibuja con toda claridad el claroscuro moral en el que está México. Ante la degradación de la política y el envilecimiento de los políticos -de lo cual el niño verde es el arquetipo moderno-, muchos mexicanos reaccionan buscando enaltecer con la verdad a la política. Éstos son los dos referentes: uno, la manera oportunista, cínica e inescrupulosa como el niño verde entiende y actúa en política y otro, la forma como la concibe y la practica Tatiana Clouthier. Tatiana ha cumplido con un deber moral, su renuncia es sencillamente un digno y valiente acto de congruencia.

Esta separación se ha interpretado como la expresión de una lucha ideológica pero no lo es, también se habla de ella como una pugna entre fracciones partidistas, tampoco. Tatiana lo explica claramente en la carta que dirigió a la fracción parlamentaria del PAN, este impecable texto habla por sí solo, le recomiendo leerlo. (Yo no lo encontré publicado íntegro por ningún medio, sí, en la página web de la diputada Clouthier y en una inserción pagada). Ante los medios, Tatiana misma ubicó su renuncia no en términos de una postura política o ideológica, sino en su dimensión moral: hay -le dijo Tatiana a Víctor Trujillo- una frase bíblica ahora que la Semana Santa se acerca, en donde dice: "Si no te oyen díselo al oído, si no, repíteselo al de al lado, si no, sal y grítalo". Eso es lo que estoy haciendo, viniendo a gritarle a la ciudadanía, viniendo a gritarle a mis ex compañeros del PAN y decirles "ojo, compañeros, no podemos seguir diciendo que aquí no pasa nada".

Al PAN le viene ahora muy bien aquella fábula del emperador desnudo. Lo que ha hecho Tatiana es simplemente decir la verdad; gritarles a sus compañeros y a la ciudadanía que el emperador está desnudo, que el PAN y su gobierno del cambio son una mentira. Lo que Tatiana denunció no es que al interior del PAN se haya dado un súbito viraje ideológico, sino la pérdida de razón moral, de todo propósito legítimo, e incluso de toda ideología. Lo que Tatiana vio en el PAN, por lo que se salió, fue porque observó de cerca los estragos que le hace al partido y a México esa búsqueda desenfrenada del poder por el poder mismo, por el poder personal y de grupo, ese afán por conseguir a toda costa las posiciones políticas y el cargo, transigiendo en todo, renunciando a los principios y

prometiéndolo que se sabe no habrá de cumplirse, para acabar ejerciendo el poder en función de los intereses personales o de un grupo de políticos, ajenos a un proyecto colectivo. Tatiana sabía, como lo saben muchos mexicanos, que el emperador está desnudo, que también el presidente Fox es, por debajo de las vestimentas que usó en su campaña, un priista de corazón, que gobierna no para cambiar a México, sino para servir a los mismos intereses, y para preservar las mismas estructuras de poder que el PRI creó, cobijó y sostuvo. Pero la desnudez política y moral de los grupos gobernantes no se circunscribe al PAN y al gobierno de Fox. Esa búsqueda inescrupulosa del poder está en todas partes y ha transformado a nuestra naciente democracia electoral en un bazar en el que todo está a la venta: las conciencias, las causas, los votos, los principios partidarios, los emblemas, los registros, las adhesiones ideológicas. Nuestra supuesta democracia está convertida en todo un campo nudista.

La postura asumida por Tatiana Clouthier, su renuncia como acto de congruencia, ha sido también interpretada como una quijotada, como un desplante inspirado en un idealismo, ingenuo y utópico. En las declaraciones de algunos de sus propios compañeros de partido hay una sutil desfachatez, como si le dijeran: de qué te asombras, Tatiana, la búsqueda del poder es lo propio de cualquier partido político y en todas partes, esa búsqueda se hace de la misma manera, cruda, maquiavélica, realista, pragmática y oportunista. Así es la política. Buena dosis de verdad hay en ello, sin embargo, uno de los más grandes atractivos de la democracia representativa es que a través de ella podemos revertir, aunque sea en algo, los rasgos más degradantes, las prácticas más cínicas de los políticos. Ésa es la pauta de lo que ocurre en muchas democracias, incluso en algunas de nuestro hemisferio como en Chile. Gabriel Zaid ha dicho que en todo político del mundo anida la ambición personal, la falta de escrúpulos y la inclinación a no servir a los gobernados, sino a servirse del poder y que ante ello los instrumentos representativos de la democracia deben permitir a los ciudadanos aplacar las ambiciones inescrupulosas de los políticos para hacerlos efectivamente responsables de sus actos y serviciales a los gobernados. Ésa debiera ser idealmente una de las funciones de los partidos, pero en México ocurre lo contrario, los partidos son también parapeto de la impunidad, fábricas de mentiras y sacos de mañas. Tatiana ha hecho lo justo, el suyo no es un desplante idealista y aislado. Solitario sí, pero no por ello pequeño, inútil o carente de impacto. Como ella, tenemos millones de mexicanos que no estamos resignados a que en México la política se practique de la misma manera priista, como la practican todos nuestros partidos políticos, sino de forma honesta, en atención a principios y que el poder se ejerza como instrumento para servir. Tatiana no está arando en el desierto, hay sí muy pocos como ella que tienen el valor y la entereza de hablar públicamente con la verdad, de romper con las mentiras, de decir a voz en cuello, basta. Si bien pudiera ser que su mensaje no traiga consecuencias políticas inmediatas, cala hondo en el gobierno de Fox y entre los prudentes, timoratos, pacientes o resignados miembros del PAN que han hecho esta semana ver tan sola a Tatiana. Lo hecho por Tatiana anima a quienes de manera más silenciosa aspirarían igual que ella a que la democracia electoral que conquistamos nos sirva para erradicar al pequeño priista que todos llevamos dentro y se traduzca en una verdadera oportunidad

de saneamiento político. Lo que ocurre, sin embargo, es que el priista que llevamos dentro no fue relegado a consecuencia del cambio del 2000, en vez de ello se multiplicó y hoy prolifera, encarnado en todo el cuerpo político del país. La cruel ironía de nuestra flamante democracia electoral es que la búsqueda del voto no sólo no ha diezclado al priismo, sino que lo ha robustecido. Nos estamos convirtiendo sin mucho esfuerzo, dijo Tatiana, en una mala copia del PRI.

Aunque muchos así lo crean, Tatiana Clouthier no participa en la vida política del país, ni siquiera militó en el PAN durante 15 años, en función de su apellido. Su trayectoria personal lo demuestra. Ella dice que no sabe lo que habría hecho su padre en esta circunstancia, pero que a ella le enseñaron en su casa a ser congruente y que es todo lo que está haciendo. En efecto, Tatiana tiene una manera muy genuina, muy propia y auténtica de entender la congruencia personal, política y partidista. Hay también en su conducta una dimensión que corresponde a su condición de mujer. En efecto, su postura no esconde un cálculo político personal, no espera dividendos, actuó con una convicción muy femenina de que el poder se busca y se ejerce para servir. Es esa convicción femenina la que le hace mucha falta a México. No es a Manuel Clouthier a quien hemos visto deslumbrados esta semana, es a Tatiana.